RUIZ de CHÁVEZ y SALAZAR, Salvador, *Importancia jurídica y práctica de las clasificaciones de los contratos civiles*, México, Porrúa, 1991, 155 páginas.

El presente libro se integra por doce capítulos agrupados en dos partes; la primera de ellas, titulada “Catalogación de los contratos en sí mismos”, se compone de los nueve primeros capítulos, por lo que la segunda, titulada “Catalogación de los contratos en su relación con otros contratos”, comprende los tres restantes.

Veamos sucintamente cuál es el contenido de cada uno de los capítulos de la primera parte:

El primero de ellos, titulado “Intentos de los autores por sistematizar los contratos” (pp. 1 a 8) está dedicado a pasar revista de las clasificaciones que hacen Giorgi, Planiol, Windscheid, Filomusí, Rojina Villegas, Sánchez Medal y el Código Civil vigente en el D. F. Esta exposición es bastante escueta, casi podríamos calificarla de sinóptica y va precedida de un breve razonamiento en el que se hace notar que el interés de los autores por agrupar a los contratos responde al interés de facilitar su reglamentación legal y su estudio respondiendo así no sólo a una exigencia teórica sino también práctica ya que a los contratos de cada uno de esos grupos le son aplicables unos mismos principios. El capítulo concluye con un apartado en el que se transcribe un comentario de Ruggiero con el que se pretenden justificar los intentos clasificatorios.

“Agrupamiento de los contratos de acuerdo con su reglamentación legal o falta de ella: nominados o típicos e innominados o atípicos” (pp. 9 a 14) es el título del capítulo segundo. Su desarrollo comprende una breve exposición de las cuatro especies de contratos del derecho romano (*verbis, litteris, reales y consensuales*), una referencia a los innominados y las operaciones que éstos pueden originar: *do ut des, do ut facias, facio ut des y facio ut facias*.

En su segundo apartado este capítulo se ocupa de la agrupación que el derecho moderno hace de los contratos en nominados o típicos que son los que responden a las necesidades cotidianas de los particulares, por lo que han merecido una especial atención del legislador, y

los atípicos, que pueden crearse con fundamento en el principio de la libertad contractual, el capítulo concluye con algunas observaciones sobre la "trascendencia jurídica y práctica de esta clasificación", basadas en el contenido de los artículos 1859, 1858, 6, 8 y 1830 del Código Civil.

El capítulo tercero "Separación de los contratos bajo la posibilidad o no de que se adhieran nuevas partes al contrato otorgado: abiertos y cerrados" (pp. 15 a 17), se ocupa en el primero de sus apartados, que casi forma la totalidad del capítulo, de señalar esta distinción proclamada por la doctrina italiana y en el segundo señala que en los contratos abiertos la anexión de nuevas personas no entrafía la celebración de un nuevo contrato.

La separación de los contratos por el número de obligaciones que generan: unilaterales y bilaterales o sinalagmáticas es el tema que se desarrolla en el capítulo cuarto. Luego de precisar los conceptos básicos del tema el autor se ocupa de la diferencia entre cargo y prestación, de la subdivisión de los contratos bilaterales en sentido amplio y en sentido estricto, del contrato sinalagmático imperfecto, de la subdivisión de los contratos bilaterales en contratos bilaterales de cambio y plurilaterales o de organización para concluir con un apartado, el más amplio, en el que se ocupa de la trascendencia jurídica y práctica de esta clasificación.

El capítulo quinto "Ordenación de los contratos con relación al sacrificio o ventaja que procuran a las partes; onerosos y gratuitos o de beneficencia" (pp. 39 a 52) luego de señalar brevemente los conceptos de estos contratos, precisa la nota que caracteriza a cada uno de estos grupos y de observar que no todo contrato bilateral es oneroso, se ocupa, en la mayor parte de este capítulo de la trascendencia jurídica y práctica de esta clasificación, señalando aspectos fiscales; de la prohibición legal a los representantes para celebrar contratos gratuitos con bienes de sus representados; de la tutela legal a quien realiza actos de beneficencia mediante contratos gratuitos, de la responsabilidad por vicios ocultos de la cosa enajenada, de la diferente protección legal a las partes según celebren contratos onerosos o gratuitos, del problema de la lesión en cada uno de estos grupos y del carácter *intuitu personae* de los gratuitos. Esta es una de las partes más analíticas de la obra en comentario.

El sexto de los capítulos, es muy breve (pp. 53 a 57), aborda la "Distinción entre los contratos, según el punto de vista del riesgo de provecho o pérdida: conmutativos o ciertos y aleatorios o de suerte",

señala las características de cada uno de éstos y se limita a señalar como la trascendencia de esta clasificación que los aleatorios no se anulan por lesión.

El capítulo séptimo, titulado "Organización de los contratos de acuerdo con su forma: consensuales, formales, solemnes y reales" aborda, en principio, estos tipos en el derecho romano, en el canónico, en el proyecto de Código Civil español de García Goyena y en los nuestros mexicanos de 1870, 1884 y 1928. Precisa que en nuestro derecho no existen los contratos solemnes negando que lo sean el matrimonio, la novación y la subrogación. Se ocupa escasamente de los contratos reales para luego señalar la trascendencia de esta clasificación, la que hace consistir en la diferente sanción legal para cada grupo en caso de inobservancia de la forma. El capítulo termina con un recuento de los contratos, agrupándolos según estén desprovistos de forma o sean formales, subdividiendo a éstos según requieran escrito público o privado; los que requieren de instrumento notarial y los reales.

El capítulo octavo se ocupa de los contratos con arreglo al modo en que se perfeccionan: por adhesión y de igual a igual, paritarios o negociados (pp. 77 a 91). En éste el autor trata principalmente de los contratos de adhesión defendiendo la postura que se inclina por aceptar su carácter contractual y concluye precisando los puntos que determinan la trascendencia jurídica y práctica de esta clasificación.

La primera de las dos partes en que se divide el libro concluye con un pequeño capítulo (pp. 93 a 97) en el que se establece una jerarquía de los contratos según el tiempo de su ejecución. En primer lugar se distinguen los de ejecución inmediata de los de ejecución diferida para distinguir en esta segunda categoría los que son de ejecución periódica de los que son de ejecución diferida. El capítulo concluye con algunos puntos en los que Planiol y Ripert señalan la trascendencia de esta clasificación y otros más formulados por el autor.

La segunda parte de esta obra se ocupa en tres capítulos de la "Catalogación de los contratos en su relación con otros contratos".

El primero de ellos, en escasas dos páginas, se ocupa de la sistematización de los contratos en cuanto a su función jurídica distinguiendo los preparatorios de los definitivos y precisa en forma escueta en cuatro incisos la importancia de esta clasificación.

En el capítulo décimoprimer, titulado "Las conjunciones de contratos" (pp. 105 a 111), luego de recordarnos algunos en los que rige la autonomía de la voluntad, el autor, siguiendo a Enneccerus y sus colaboradores, expone la organización de los contratos propuesta por estos

autores en la que se distinguen las variedades de unidos, mixtos en sentido lato, de doble tipo y típicos con prestaciones subordinadas de otra especie. En estas variedades, fuera de la que titula "unión meramente externa o formal" las demás implican una pluralidad de contratos en torno a un solo interés de las partes. A diferencia de los otros capítulos, en éste no se incluye un apartado con el que se pretenda destacar su valor.

Concluye este libro con el capítulo décimosegundo (pp. 113 a 137) relativo de la "Agrupación de los contratos en razón de su dependencia jurídica: principales o independientes y accesorios". De éste conviene mencionar que el autor destaca las siguientes ideas: no hay que identificar contratos accesorios con contratos de garantía, y que puede haber accesorios por voluntad de las partes que no constituyan garantía alguna de los principales; el contrato principal impugnabile únicamente por el perjudicado puede ser eficazmente afianzada mientras el deudor principal no haga valer su nulidad ya por vía de acción ya por vía de excepción y se proclame la nulidad; la obligación natural a cargo del deudor principal que ha dejado de serlo en virtud de la anulación no puede servir de soporte a la fianza ni a ningún otro contrato de garantía dada la imposibilidad de repetir del garante; la obligación nula puede ser válidamente afianzada con conocimiento del fiador, como sucede en el Código Federal Suizo de las Obligaciones (artículo 494), siendo falso que lo accesorio corra invariablemente la suerte de lo principal. Conviene decir que cada una de estas afirmaciones son apoyadas por el autor con claros razonamientos.

Concluye este capítulo, y con él el libro, con una serie de quince puntos con los que el autor señala la trascendencia del carácter accesorio de los contratos.

Sintetizada la obra que nos ocupa sólo nos resta formular unos comentarios sobre ella.

En primer lugar debemos destacar que este trabajo es especialmente valioso por lo poco común que resulta en nuestros tratadistas mexicanos actuales el esfuerzo de formular clasificaciones tan completas como la presente, no sólo de contratos, sino de cualesquiera otras instituciones. La importancia de las clasificaciones se funda en la necesidad científica del derecho de establecer y confirmar los principios por los que se rigen sus instituciones en una dinámica que no acepta como válido sino a lo que ofrece la congruencia necesaria con el sistema jurídico.

Los apoyos documentales del libro (tratadistas mexicanos, franceses, italianos, españoles y argentinos) más que suficientes, resultan abundantes, lo que permite a su autor no sólo ofrecernos un escueto elenco de clasificaciones y subclasificaciones, sino confrontaciones de ideas, observaciones y comentarios que si bien no aparecen en todos los capítulos, sí en muchos de ellos.

Por lo que hace al estilo de la obra, podemos observar que en ella se trasluce un jurista maduro, sistemático y claro en su exposición, pero cuya sobriedad bien podría ser atemperada en pro de una lectura más amable, que reforzada con algunos párrafos que hicieran las veces de conclusiones finales nos obligarían a calificarla de trabajo bien concluido.

En síntesis podemos afirmar que este libro está llamado a ocupar un lugar destacado en la bibliografía jurídica y que por lo tanto no debe faltar en la biblioteca de ningún civilista.

Sergio T. AzÚA REYES